

Las Gallinas Locas y el amor



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Die Wilden Hühner und die Liebe*
En cubierta: ilustración de © Gabriel Sanz Balfagón
© Cecile Dressler Verlag, Hamburg, 2003

© De la traducción, María Alonso

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

ISBN: 978-84-18708-47-3

Depósito legal: M-8.164-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Cornelia
Funke

Las
Gallinas Locas
y el
Amor



LAS GALLINAS LOCAS 5

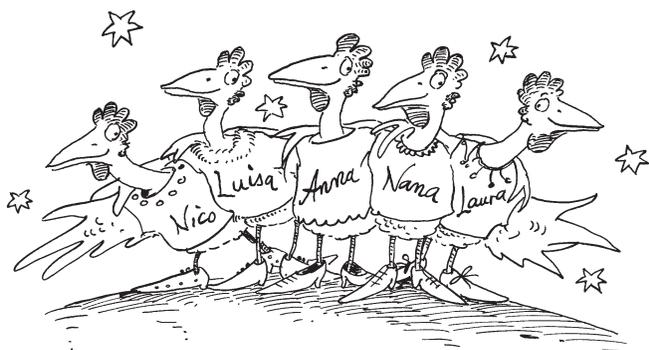
Ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
María Alonso

 Siruela

Biblioteca Funke

*A las Gallinas Locas de Anna.
Y a Vanessa, que fue la primera en leer este libro.*







La madre de Sardine conducía el coche como si se tratara de un bólido. Ya se había saltado un semáforo en rojo y aceleró para llegar al siguiente, que llevaba un buen rato en ámbar.

—¡No te da tiempo! —exclamó Sardine.

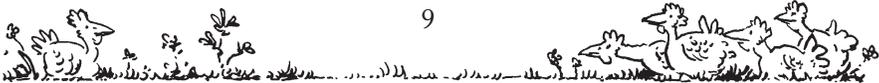
La gente desfilaba en manga corta por la calle junto a los escaparates de las tiendas, y el cielo era tan azul que parecía recién pintado. Hacía un día perfecto para ir, por ejemplo, a comer un helado, pero no para salir a ver un dichoso...

—Claro que me da tiempo. —Su madre pisó el acelerador a fondo, pero el semáforo cambió. Pegó un frenazo tan brusco que a Sardine se le incrustó el cinturón de seguridad en el pecho.

—¡Mamá! ¿Es que quieres que te retiren el carné de conducir? De todas formas vas a llegar tarde.

Su madre se miró en el retrovisor y se quitó una mancha de pintalabios de los dientes con la lengua.

—Sí, ¿no me digas? ¿Y de quién es la culpa de que lleguemos tarde? ¿Quién se ha puesto, en el último momento, a llamar por teléfono a todas sus amigas y se ha pasado media hora en busca de unos pantalones de tigre destrozados con los que cualquier persona normal no se atrevería ni salir a la calle?



Sardine pasó la mano por los pantalones, que a decir verdad habían tenido mejor aspecto en otros tiempos, y miró por la ventanilla. El taxi olía a humo frío y a personas desconocidas.

—No me apetece, pero que nada, ir a ver trajes de novia. Y a ti tampoco te apeteecía todo eso antes de...

No terminó la frase: «Antes de que apareciera el señor Sabelotodo, antes de que saliera el tema de la boda, cuando nadie leía revistas de coches en nuestro cuarto de baño, y yo dormía en la habitación grande». No hacía falta que Sardine lo expresara en voz alta. La madre era muy consciente de lo que pensaba la hija, y se sentía culpable por ello, lo cual no contribuía precisamente a subirle el ánimo. Lanzó una mirada sombría al retrovisor y se apartó el pelo de la frente.

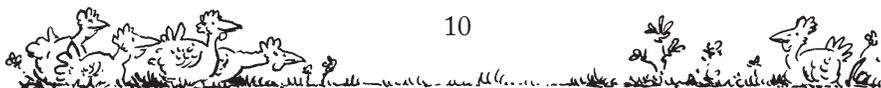
—¡Siento muchísimo haber cambiado de opinión! ¡Ya sé que a ti eso no te pasará jamás! ¡Dios mío! ¡Si por eso quería que me acompañaras! Para que me ayudaras a escoger. Ya que siempre me estás diciendo cómo tengo que vestir...

El semáforo se puso en verde, y el conductor del coche que tenían detrás, un tipo calvo que apenas levantaba un palmo del volante, tocó el claxon con impaciencia al ver que la madre de Sardine no arrancaba.

—Voy, voy, tranquilo. Mira a ese enano gruñón. ¡Jolín! ¡La cantidad de enanos gruñones que andan por ahí sueltos!

Su madre cambió de carril tan bruscamente que el calvo le hizo un corte de mangas, pero ella ni siquiera se percató. Hacía días que estaba así, justo desde que ella y el señor Sabelotodo habían fijado la fecha de la boda.

—Es que no me entra en la cabeza. —Sardine se había prometido a sí misma que no volvería a mencionar el tema, pero no podía evitarlo—. ¿Por qué tienes que casarte con



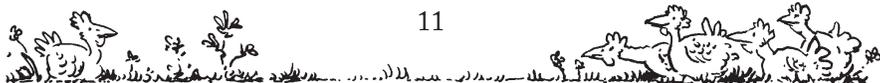
él? Como si no tuviera bastante con aguantarlo cada dos días y... —Se mordió la lengua. Ya estaba bien.

Su madre agarró el volante tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos. Como si Sardine no supiera que todo aquello era cosa del señor Sabelotodo... Él estaba como loco por casarse y por toda la parafernalia de la boda, y por eso estaban allí, por eso tenían que dedicar esa maravillosa, apacible y espléndida tarde de primavera a ver trajes de novia. No por la madre de Sardine, que se había puesto falda, como mucho, cinco veces en su vida, y ya no digamos un vestido...

—Dice que quiere verme puesto uno de esos chismes —murmuró—. Está convencido de que me quedará de maravilla.

Sardine se imaginaba cómo la había mirado al decírselo. Cuando el Sabelotodo se ponía romántico, estaba de lo más ridículo, pues parecía que la cara se le derretía como un trozo de mantequilla al sol. Con esa mirada era capaz de convencer a la madre de Sardine de cualquier cosa, hasta de casarse de blanco y organizar una boda por todo lo alto, como le gustaba decir a él.

Hacía ya casi un año que estaban juntos. Hasta entonces, ningún otro hombre se había apalancado durante tanto tiempo en sus vidas. Sus revistas de coches estaban junto al váter, su peine lleno de pelos en el lavabo, y por las mañanas se comía la Nutella de Sardine para desayunar. Aunque tampoco podía decirse que viviera con ellas. Dos o tres días por semana dormía en su casa, si a eso se le podía llamar casa, justo enfrente de la autoescuela, pero estaba claro que después de la boda las cosas cambiarían. Como parte de los preparativos para el gran día, Sardine había tenido que cambiarse de habitación, porque la cama de matrimonio



que había comprado el Sabelotodo no cabía en el dormitorio de su madre.

Sardine apoyó los pies en el salpicadero. Habían llegado a la tienda. No parecía muy grande. En el escaparate, dos maniquíes vestidos de novia contemplaban la primavera con una sonrisa vacía, y en la puerta esperaba el Sabelotodo. Justo cuando pasaron por delante, él consultaba el reloj.

—¡Voy a llegar tarde! —exclamó Sardine mientras su madre aparcaba junto a la acera.

Solo le faltaba eso. Había quedado con Fred a las cinco. Querían ir al cine con Frida. «Pobre de ti como llegues tarde», la había amenazado Fred aquella misma mañana en el colegio. «Como no llegues puntual, nos vamos Frida y yo solos al cine y nos sentamos atrás del todo, en la fila de los que se besuquean».

Sardine le había dado un pellizco y se había reído. Al fin y al cabo era una tontería tener celos de su mejor amiga. Aunque a veces uno hace tonterías, por mucho que quiera evitarlo. Y últimamente Fred y Frida pasaban bastante tiempo juntos, porque él necesitaba ayuda con las mates, y Melanie le había recomendado que se lo pidiera a Frida. Ese día habían quedado para estudiar, y Sardine no quería llegar tarde al cine por nada del mundo. Y menos aún por el dichoso traje de novia.

El señor Sabelotodo lucía, cómo no, uno de sus espantosos jerséis estampados (Fred los llamaba JPD: Jerséis de Periodista Deportivo). Debía de llevar un buen rato esperando, porque siempre era puntual o, mejor dicho, siempre llegaba al menos quince minutos antes de la hora.

Parecía igual de nervioso que la madre de Sardine. Se pasaba la mano por el pelo una y otra vez, mirando hacia todas partes.



—¡Ya era hora! —exclamó al verlas—. Pensaba que no veníais.

—Madre mía, ¿no habrá algún remedio para curar esa fastidiosa obsesión por la puntualidad? —masculló la madre de Sardine mientras caminaban hacia él—. A lo mejor debería retrasarle el reloj para ver si así llega tarde de vez en cuando, ¿no te parece?

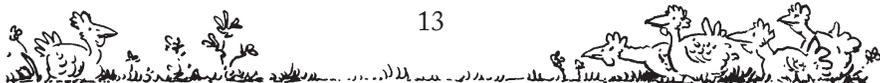
Sardine contuvo una risita. Ella lo había pensado más de una vez.

—¿De qué os reís? —El Sabelotodo se quedó mirándolas con recelo cuando se detuvieron junto a él—. ¿No os estaríais metiendo conmigo otra vez?

—¡Qué va! ¡No hemos dicho ni mu! —respondió la madre de Sardine y le dio un beso.

Sardine odiaba salir de compras. Se aburría como una ostra yendo de tienda en tienda y probándose pantalones que sentaban fatal. De vez en cuando, si a Frida o a Melanie les parecía que la jefa de la pandilla necesitaba en su armario algo más que unos pantalones de tigre destrozados y otros de montar con rodilleras, una de las dos se la llevaba de compras. Melanie no se cansaba de intentar convencer a Sardine; para ella no había nada mejor que revolver los estantes de ropa en busca de una camiseta original, pero a Sardine le parecía una pérdida de tiempo.

Se sentía especialmente incómoda en las tiendas donde la dependienta aborda al cliente y le pregunta qué desea nada más cruzar la puerta, y la tienda de trajes de novia tenía pinta de ser de esas. Al otro lado de la pesada puerta, el aire estaba impregnado de un olor todavía más dulzón que el del perfume con el que se rociaba Melanie antes de una cita con un chico. Eran los únicos clientes, y estaba claro que la dependienta los esperaba. Sardine se sentó en



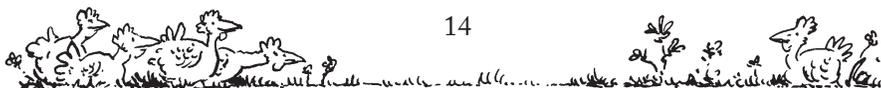
una de las sillas rojas acolchadas que estaban dispuestas de espaldas al escaparate y observó los maniqués vestidos de novia mientras la dependienta guiaba a su madre y al Sabelotodo por la tienda.

Luego suspiró. Melanie no la dejaría en paz hasta que no le describiera todos y cada uno de los adornos del vestido. Se apoyó con gesto aburrido en el respaldo y acarició con el dedo el vestido que llevaba puesto el maniquí rubio del escaparate. Qué tejido tan áspero. Sardine ya se imaginaba a Melanie bombardeándola a preguntas: «¿Cómo de largo es el vestido? ¿Y el escote? Cuenta, cuenta». Las demás Gallinas Locas no mostrarían ni la mitad de interés, más bien al contrario: Wilma empezaría a despotricar; Frida se quedaría mirando las musarañas, seguramente pensando en Maik, su novio; y Trude... bueno, Trude probablemente pondría cara de felicidad y susurraría algo así como «¡Oh, qué romántico!».

—¡Sardine!

Esa voz la devolvió a la realidad. Su madre se encontraba de pie frente a ella con una cosa blanca llena de encajes y flores de tela mientras la dependienta, con la sonrisa congelada en el rostro, revoloteaba agachada a su alrededor tratando de ajustarle bien el dobladillo. A Sardine le recordó a las gallinas que picoteaban de aquí para allá en el corral que habían construido junto a la caravana, el cuartel de las Gallinas Locas. Si uno les echaba hojas de diente de león, correteaban hacia allí igual de rápido que aquella dependienta alrededor de su madre.

—¡A mí me gusta! —El señor Sabelotodo se sentó en una silla junto a Sardine. Irradiaba una alegría inmensa, como si deseara que su madre se dejara puesto aquel ridículo vestido blanco para siempre—. En serio, ¡me encanta!



—insistió con entusiasmo—. Estás maravillosa, Sybille, absolutamente sensacional. ¿A que sí? —agregó, dándole un codazo a Sardine.

La dependienta le colocó un último fruncido y después se apartó. Luego sonrió con gesto de satisfacción, como si ayudar a las mujeres a ponerse un traje de novia fuera el trabajo más importante del mundo.

—Pues... no sé... —murmuró Sardine. La dependienta censuró su falta de entusiasmo con una gélida mirada, pero eso no logró amilanar a Sardine—. ¡No! —añadió sin inmutarse—. Es que no pareces tú misma.

—Ya, guapa, pero ese es precisamente, entre otros, el objetivo de un traje de novia —apuntó la dependienta frunciendo los labios. El color del pintalabios hacía juego con el de las uñas—. Se trata de transformar a la novia para que esté más radiante que ningún otro día de su vida.

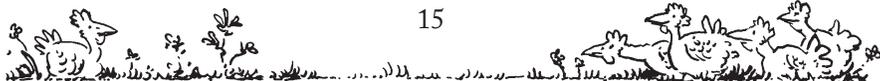
La madre de Sardine se miró con gesto de disgusto.

—Yo no creo que estés radiante —replicó Sardine—. Creo que pareces una muñeca, mamá.

La dependienta hizo un gran esfuerzo por mantener la sonrisa, que quedó reducida a una leve curvatura de los labios. La madre de Sardine frunció el ceño, se colocó frente al siguiente espejo y se observó un instante.

—Sí, la verdad es que tienes razón —admitió al fin, tras un suspiro—. Me voy a probar otro.

Se probó otros siete vestidos, pero ni una sola vez fue capaz de ponerse de acuerdo con el señor Sabelotodo: los que le gustaban a ella no le gustaban a él, y cuando a él le convenía alguno, ella fruncía el ceño y meneaba la cabeza. A medida que iban descartando trajes, la estudiada sonrisa de la dependienta se iba desvaneciendo y, en cuanto entró otra clienta en la tienda, aprovechó para cargarle el muerto



a una compañera. Pasó tiempo; mucho, mucho tiempo. Seguro que Fred y Frida ya habían salido de casa.

Cuando a la segunda dependienta se le ocurrió que tal vez la hija de la futura novia podía probarse algunos de los preciosos trajes de dama de honor, Sardine se levantó de un brinco de la silla acolchada.

—¡Mamá, tengo que irme! —anunció, sin hacer caso de la mirada suplicante de su madre—. Fred debe de llevar más de un cuarto de hora esperándome. —Y salió disparada de la tienda.

Ya en la calle respiró hondo. Aún le parecía notar el regusto del ambientador de la tienda. A través del cristal del escaparate dirigió una última mirada a su madre. Esta examinaba con desagrado las mangas abullonadas en las que en aquel momento introducía los brazos, mientras el Sabelotodo trataba de convencerla.

«¡Nunca! —pensó Sardine mientras se dirigía al cine a paso ligero—. Nunca conseguirán que me meta en uno de esos chismes. Si algún día me caso —y solo de pensarlo empezó a notar dolor de cabeza—, me pondré mis pantalones de montar. Así al menos no tendré la sensación de llevar puesto un disfraz».

